

ROXANA HIDALGO XIRINACHS

LA MEDEA DE EURÍPIDES

HACIA UN PSICOANÁLISIS DE LA AGRESIÓN FEMENINA Y LA AUTONOMÍA



ROXANA HIDALGO XIRINACHS

LA MEDEA DE EURÍPIDES

HACIA UN PSICOANÁLISIS DE LA AGRESIÓN FEMENINA Y LA AUTONOMÍA

Instituto de
Investigaciones
Sociales



EDITORIAL
UCR

150.195

H632m

Hidalgo Xirinachs, Roxana.

La Medea de Eurípides: hacia un psicoanálisis de la agresión femenina y la autonomía / Roxana Hidalgo Xirinachs. – 1. ed. – San José, C.R.: Edit. UCR, 2010.

xiii, 377 p. – (Colección Instituto de Investigaciones Sociales)

ISBN 978-9968-46-196-2

1. PSICOANÁLISIS – ASPECTOS SOCIALES. 2. EURÍPIDES, CA. 481-406 – CRÍTICAS. 3. AUTONOMÍA (PSICOLOGÍA). 4. MUJERES. 5. MUJERES Y PSICOANÁLISIS. 6. CONDUCTA (PSICOLOGÍA). 7. TRAGEDIA GRIEGA. 8. FEMINIDAD (PSICOLOGÍA). I. Título. II. Serie.

CIP/2093

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición: 2010

Corrección filológica: *Esperanza Buitrago* • Corrección de pruebas: *Euclides Hernández y la autora*
Diagramación: *Ruth Cordero* • Control de calidad: *Alejandra Ruiz*. • Ilustración de portada: *Medea, 1866-1868, Frederik Sandy, Birmingham, Birmingham Museum and Art Gallery*. • Diseño de portada: *Priscilla Aguirre*.

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

ÍNDICE

Capítulo I

Introducción	1
Entre la tradición y la modernidad: la Medea de Eurípides como sujeto femenino trágico	1
Transformación de las relaciones de poder entre los géneros a comienzos del siglo XXI	5
La comprensión de la subjetividad femenina en la teoría psicoanalítica desde una perspectiva feminista	10
Sexualidad, agresión y autonomía: reconocimiento de la mujer como sujeto de deseo	21
La interpretación de Medea como sujeto trágico y la comprensión psicoanalítica de la sexualidad y la <i>agresión femenina</i>	28

Capítulo II

El contexto etnológico, sociológico y mítico de las relaciones de género en la Atenas del siglo V a. C.	39
La historia de las mujeres de la Edad Antigua: una encrucijada entre la política y la tragedia griegas	39

x	De las sociedades matrilineales a las estructuras sociales patrilineales: orígenes patriarcales en la democracia ateniense	48
	El espacio público y el hogar: una comparación del rol de la mujer en Atenas y en Esparta	56
	Matrimonio, maternidad y derechos políticos: entre la coerción y la libertad.....	56
	Medea como transgresora.....	65
	Sobre feminidad y religión	72
	Medea como personificación de un sujeto femenino autónomo	78
	Imágenes de feminidad en la mitología griega: naturaleza y muerte como espejos de la otredad.....	81
	La concepción de Freud sobre la relación entre naturaleza y cultura: el vínculo entre lo femenino y lo religioso	85
	Las mujeres como intermediarias entre lo humano y lo divino	90
	Imágenes de feminidad en los mitos de Atenea y Pandora	97
	Imágenes de feminidad en los discursos filosóficos de Platón y Aristóteles.....	101

Capítulo III

Mitología griega y tragedia: surgimiento de un sujeto trágico	107
La Atenas clásica, entre mitología e ilustración: orígenes del sujeto burgués en el nivel literario	107
Sobre la relación entre mito y tragedia.....	111
La tragedia como creación literaria	114

Sobre el origen del sujeto trágico	116
Sobre el concepto de lo trágico y la culpa trágica	118
La mirada del psicoanálisis al conflicto trágico: autonomía, responsabilidad y culpa como experiencias subjetivas	123
El concepto freudiano de superyó y yo-ideal y la autodeterminación del sujeto	123
Observación de sí mismo y capacidad de decisión del individuo.....	130
Diferentes niveles de la experiencia de autorreflexión	135
Resumen: situación trágica, culpa y autodeterminación	138
Figuras femeninas en la tragedia griega: elaboraciones dramáticas de las concepciones de feminidad en Eurípides	142
Un sujeto femenino trágico en Eurípides.....	142
Medea en comparación con otras figuras femeninas ...	149
Medea como personificación paradigmática de un sujeto femenino trágico	152

Capítulo IV

Principios metodológicos de la interpretación psicoanalítica y socio-histórica de textos.....	167
Introducción	167
Acercamiento psicoanalítico a la creación literaria.....	169
La forma literaria como espacio intermedio en la interpretación de textos	174
El enigmático lenguaje de la poesía	179

xii	La función social de la mitología como creación cultural	184
	Análisis de forma y contenido en la interpretación de textos	188
	Doble perspectiva de las <i>relaciones objetales</i> y del contexto cultural	191
	La relación intérprete-texto como espacio de contratransferencia	196

Capítulo V

	Medea como paradigma de un sujeto femenino trágico: interpretación socio-histórica y psicoanalítica.....	207
	Surgimiento de un sujeto femenino trágico	207
	Medea: rostros femeninos múltiples	207
	Desencadenamiento de lo trágico: salida de Cólquide.....	211
	“¿Qué gran mal son los amores para los mortales!”: amor y venganza en la vida de Medea	214
	Enamoramiento y adolescencia.....	214
	Enamoramiento, traición y venganza.....	221
	La <i>agresión femenina</i> y lo heroico	231
	Sobre la relación entre la agresividad y la sexualidad en la identidad femenina	237
	<i>Agresión femenina</i> y el concepto de depresión según Freud	237
	Medea y Edipo: entre la trasgresión de lo cultural y el autocastigo	242
	Lo extranjero en la figura de Medea, ¿una fantasía masculina?	244

Lo extraño y lo propio.....	248
Medea más allá de las fantasías masculinas.....	255
Medea como personificación de lo siniestro.....	258
Medea bajo el dictado del <i>retorno de lo reprimido</i> : la relación madre-hijo.....	260
Maternidad, ambivalencia e infanticidio.....	260
La angustia ante la burla, la vergüenza y lo heroico.....	268
Medea como maga y sabia: la magia en Hécate y la relación con la madre Idya, como lugar vacío	273
<i>Agresión femenina</i> , asesinato y autodestrucción: vínculo madre-hija en la relación con Creusa.....	273
Feminidad, potencia materna y magia: la relación de Medea con los dioses.....	287

Capítulo VI

Aportes de la interpretación de la tragedia Medea a la comprensión de la feminidad en la actualidad.....	307
<i>Agresión femenina</i> y autonomía en la figura de Medea.....	307
Las mujeres en las sociedades contemporáneas: entre el cambio y la continuidad.....	319
Masculinidades y feminidades: “un abismo insondable”	331
<i>Agresividad femenina</i> y autonomía en las mujeres de hoy.....	340
Referencias bibliográficas.....	355
Acerca de la autora.....	377

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD: LA MEDEA DE EURÍPIDES COMO SUJETO FEMENINO TRÁGICO¹

El retorno a los orígenes míticos, a las oscuras pero a la vez iluminadoras imágenes míticas, representa una vía de acceso fundamental al juego de intercambio mediante el cual se entrelazan las experiencias subjetivas individuales y las imágenes de mundo colectivas. En este sentido, la interpretación artística de los mitos griegos cultivada hace más de 2000 años por los antiguos poetas trágicos sigue ofreciendo, aún hoy, formas cautivadoras para la comprensión de los lazos que unen los mundos de la vida subjetivos con el contexto cultural predominante en una impactante época de transición histórica. El desarrollo de la tragedia como un nuevo género literario significa para la cultura griega un hito histórico en una época en que la creación cultural experimentó un avance que difícilmente se podría repetir.

La Atenas clásica remite a una época de transición, en la cual los poderes divinos del origen, representados en las antiguas imágenes míticas y las prácticas religiosas, se enfrentaron con los

1 La tragedia de Eurípides fue escrita en el año 431 a. C. El drama se basa en un mito griego según el cual la hija del rey ayuda a un extranjero, jefe de los legendarios argonautas, a superar aventuras y peligros, luego huye con este, posteriormente es repudiada y abandonada, para finalmente vengarse de él. El prólogo comienza con una conversación entre la nodriza y el pedagogo, en la cual se exponen los antecedentes de la historia (el viaje de los argonautas, la lucha de Jasón por el Vello de Oro, la ayuda de Medea, el amor, el matrimonio y la desavenencia entre Jasón y Medea) y la amenaza inminente (el rey Creonte desea expulsar a Medea de Corinto). La próxima entrada en escena de

2 nuevos principios jurídicos, políticos y filosóficos que surgieron con el sistema democrático (véase Vernant, 1972). La inevitable discrepancia entre el mundo original de los mitos y la nueva estructura social de la democracia marcó para el ciudadano de Atenas un momento crucial definitivo. La capacidad individual para la acción y la toma de decisiones, obtenida por el nuevo ciudadano de la *polis*, se vio confrontada con la antigua sujeción a los poderes personificados en las tradiciones religiosas y en los antiguos dioses de la mitología.

En la tragedia griega, por primera vez, se puso en escena una confrontación abierta, no solo en relación con las imágenes de mundo existentes en la mitología y los rituales religiosos, sino también en relación con la praxis social de la nueva democracia. De acuerdo con Egon (1998), el ciudadano *burgués*, como partícipe activo en las asambleas populares, los tribunales del pueblo y los festejos colectivos, debía enfrentarse con una nueva capacidad de juicio, que inevitablemente significaba una enorme disposición al riesgo. Se debe considerar, además, que las decisiones políticas en la *polis* estaban relacionadas, muy a menudo, con la disyuntiva entre la guerra o la paz, o en otras palabras, con el enfrentamiento ineludible entre la vida y la muerte.

Las contradicciones y rupturas irreconciliables que impregnaron el siglo V a. C. en Atenas posibilitaron, según Vernant (1972), el desarrollo de la creación literaria como ficción. Los textos trágicos ya no son solo descripciones o recreaciones de determinados sucesos históricos o narraciones míticas, sino que

Creonte, en la que Medea logra que su expulsión se posponga de forma decisiva por un día, nos brinda un juego atractivo en el que se pone en escena la superioridad de la astucia del que no tiene poder sobre la torpeza del poderoso. En la primera conversación entre Jasón y Medea se representa la escena típica del agón retórico: Jasón interpreta su infidelidad como un acto de protección y transforma la imprudencia de la indignada Medea en injusticia; por su parte, Medea desenmascara esta intención sofista con una interpretación del pasado vivido, en la que la argumentación de Jasón se descubre como manipulación. Posteriormente, en la escena que interviene Egeo, motivo literario del extranjero que se entrelaza en la historia, el rey de Atenas le promete a Medea asilo. El conflicto entre razón y pasión marca el monólogo de Medea, en el que ella,

representan las primeras interpretaciones literarias, en las cuales el autor se toma la libertad de crear historias propias a partir de la realidad. Como expresión del apogeo cultural, que hace posible el origen de la ficción literaria en la Antigüedad, la tragedia griega parece proporcionar *imágenes paradigmáticas*, que permiten acercarnos a una cantidad de situaciones vivenciales conflictivas que ocurrían en la intimidad de los vínculos familiares.

En este contexto, el sujeto trágico pone en escena una personificación provocadora del legendario héroe griego, en la cual lo enigmático del ser humano trasciende la representación homogeneizante de los antiguos héroes y dioses de la mitología. Estos mundos de la vida subjetivos emergen de la relación entre la realidad etnográfica, histórica y mítica de la Atenas clásica, por un lado, y de la capacidad de autorreflexión del autor de la tragedia, por otro. En las tragedias cobra vida de forma impresionante el entrelazamiento entre las fantasías inconscientes del autor y la etapa de transición histórica cuyas consecuencias trágicas para la cultura griega ya eran predecibles.

De los tres trágicos, Eurípides es quien tomó distancia, con actitud crítica, no solo del mundo antiguo de la mitología griega, sino también de los nuevos principios sociales, políticos y filosóficos que surgieron con la democracia ateniense. En relación con la posición que separa la obra de Eurípides de la de su predecesor, Esquilo, opina Lesky (1984: 175): “Mientras que el destino humano para este (Esquilo) solo era el escenario para la confirmación paradigmática de un orden superior, en Eurípides

convencida del logro seguro de su venganza sobre Creonte y su hija, se decide a matar a sus hijos: Medea maldice por un lado su acción como crimen, que le va a provocar a ella misma el mayor de los dolores; pero por otro lado, ve en el asesinato de sus hijos el único medio para destruir finalmente a Jasón. En la próxima escena, después de la horrorosa narración del mensajero, sobre la muerte de Creonte y su hija, Medea mata a sus hijos. Con el asesinato de sus hijos, Medea se convierte definitivamente para los otros en un monstruo que no se puede comparar más con lo humano; así aparece en la escena final con Jasón: ella triunfa sobre su adversario, quien no podrá impedir que la maga huya en el carro del Sol con sus hijos (Kindlers Neues Literaturlexikon, Tomo 5, 324-325, 1988).

este destino se origina, en dramas como *Medea e Hipólito*, del ser humano mismo, del poder de sus pasiones...”. Este criticismo en relación con las imágenes religiosas de la época provocó que, en la obra de Eurípides, los héroes legendarios y los poderosos dioses griegos aparecieran menos idealizados y heroicos que en los otros autores trágicos.

El conflicto entre el mundo celestial de los dioses y el mundo terrenal de los humanos se traslada hacia las contradicciones internas del sujeto trágico, situando a este último en el primer plano de la puesta en escena dramática. Asimismo, de forma extraordinaria, las relaciones entre los géneros y las imágenes de la feminidad adquieren en sus dramas un carácter de búsqueda de lo nuevo, radical para la época. Aunque, por lo general, en las tragedias las figuras femeninas toman la palabra de forma abierta, en la obra de Eurípides ellas se apropian activamente de las discusiones políticas y sociales de su tiempo (véase Nancy, 1992).

En este sentido, como sujeto femenino trágico, Medea es una figura paradigmática que se sitúa en un espacio intermedio entre el mundo de lo divino y lo terrenal. Por un lado está la mujer enamorada y madre de sus hijos, y por otro encontramos la mujer asesina e implacable con sus enemigos. De este lugar ambiguo en que se posiciona la Medea de Eurípides, surge un sujeto femenino que personifica a una mujer en lucha por la realización de un proyecto de vida propio, la cual rompe en este proceso con la posición cultural de la mujer como objeto de intercambio, asignada por las reglas del matrimonio. En Medea encontramos una figura femenina que se apropia de sus deseos sexuales y expresa activamente su agresividad y fuerza de voluntad.

En una época en la cual la mujer ocupaba una posición social restringida dentro de la vida política, ella personifica una figura femenina con capacidad de autodeterminación y autoafirmación. Sin embargo, en contraste con otras figuras trágicas que representan mujeres independientes, Medea no recibe castigo ni de los dioses ni de los seres humanos. La legitimación de estas características en la *Medea* de Eurípides convierte la figura principal en un sujeto femenino trágico que escenifica potencialmente capacidades utópicas para la mujer en esa época histórica.

A partir de este escenario antiguo es importante acercarse a la controversial situación que caracteriza las relaciones entre los géneros y las imágenes sobre la feminidad en la realidad actual. El siglo XX marcó, en este sentido, un hito histórico, en el que la transformación de los roles de género se enfrentó con una realidad completamente nueva en la historia cultural de Occidente.

Por primera vez, las mujeres ocupaban un lugar común con los hombres en el ejercicio de los derechos sociales, legales y políticos. Desde la igualdad de derechos en relación con el voto, la educación y las oportunidades laborales, hasta la desaparición lenta pero gradual del legendario tabú de la mujer como objeto de intercambio, todas ellas constituían condiciones extraordinarias que hacía apenas un siglo eran inimaginables o simples fantasías utópicas de algunas disidentes. Para poder beneficiarse de las nuevas potencialidades de la Edad Moderna, que la Ilustración, la secularización y la individuación desencadenaron y que hicieron posible el surgimiento del *sujeto burgués*, las mujeres tuvieron que esperar el lento avance de la Historia. No obstante, estos profundos cambios que la igualdad de derechos provocó en el último siglo están lejos de consolidarse en la realidad psíquica y social de las relaciones entre los géneros.

Estas nuevas potencialidades de la modernidad no han estado libres de contradicciones que hasta hoy siguen considerándose insuperables. En relación con el desencantamiento del mundo moderno, Bauman (1995: 9) afirma lo siguiente:

Para la modernidad, la guerra contra la mística y la magia se convirtió en una guerra de liberación que produjo una declaración de independencia de la razón. Esta fue una declaración de guerra, que hizo del mundo natural, no trabajado, un enemigo. Como en todos los genocidios, el mundo de la naturaleza (a diferencia de la casa de

la cultura que la modernidad se dispuso a construir) tuvo que ser decapitado, para robarle la voluntad autónoma y la fuerza de resistencia.²

La racionalidad instrumental, que ha caracterizado este desencantamiento del mundo, ha transformado la autorreflexión y la capacidad individual de decidir del sujeto moderno en una coraza inviolable, cuya función parece ser la de protegerlo contra su propia subjetividad. La incertidumbre, el desorden y la multiplicidad que caracterizan la vida misma pasaron a convertirse en los monstruos de la modernidad.

Esta guerra de liberación se manifiesta hoy –partiendo tanto de la lógica de las relaciones comerciales y la economía de mercado, como de la política internacional– mediante una polarización, o si se quiere, un abismo entre tradición y modernidad. Por un lado, el control sin tregua de la naturaleza externa e interna aparece como fin último del progreso o, dicho en términos más actuales, de la tendencia globalizante de la cultura occidental. Por otro lado, se enfrentan entre sí los múltiples intereses de los diversos grupos o instituciones sociales, como movimientos culturales o socio-políticos, que se resisten a las tendencias homogeneizantes de la modernidad.

La capacidad de autorreflexión al igual que el proceso de individuación, de desarrollo de un sujeto autónomo, pueden considerarse posibles resultados de la modernidad así como formas de resistencia frente a esta. La vieja separación entre orden y caos, razón y naturaleza, o masculinidad y feminidad surge como consecuencia del conflicto entre la iluminación asociada al conocimiento científico-tecnológico y la oscuridad vinculada a la naturaleza o las tradiciones culturales, en otras palabras, entre el futuro prometedor de la modernidad y la razón instrumental y el pasado tenebroso de las pasiones del cuerpo o los deseos del

2 Todos los textos en español que no aparecen en la bibliografía en este idioma son traducciones de la autora.

inconsciente. De pronto, parece ser que el viejo enfrentamiento entre civilización y barbarie, o si se quiere, entre Ilustración y mitología, nos sigue acompañando.

Sin embargo, como ya habían subrayado Adorno y Horkheimer en la *Dialéctica de la Ilustración* (1944: 56): “el mito es ya ilustración; la ilustración recae en mitología”. De acuerdo con esta comprensión, la polarización absoluta deja de existir. Esta desaparece para surgir como tensión dialéctica, como una relación indisoluble de *polos* encontrados e interdependientes. Esta posición se distancia de una concepción de mundo —característica de la cultura occidental— que se fundamenta en una escisión en polaridades excluyentes entre sí y organizadas jerárquicamente. Sin embargo, la propuesta de estos dos autores, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el pasado y el futuro se presentaban como experiencias tenebrosas, se halló ante un camino sin esperanza, en el que la identificación entre Ilustración y dominio permaneció incuestionable. Hoy, esta identificación no se tiene ya como obvia, sino como un tropiezo que lamentablemente muy a menudo en el mundo moderno ha llevado a experiencias de destrucción y exterminio masivos.

Los viejos esquemas patriarcales que estructuraban las relaciones entre los géneros alcanzaron con la modernidad extremos difíciles de superar. La mujer se convirtió en la personificación ideal de las fuerzas impulsivas y caóticas de la naturaleza salvaje, encarnada además en aquellos otros grupos que provenían de las clases sociales sometidas, de países extranjeros y, sobre todo, de las culturas no europeas recién conquistadas. La feminidad quedó asociada de forma aparentemente indisoluble a la oscuridad, el caos y la irracionalidad, que de forma extrema han caracterizado la otredad en la cultura occidental desde el surgimiento del mundo moderno.

Las relaciones de poder estructurales, que han marcado la desigualdad social hasta el presente, siguen estando acompañadas de una relación jerárquica entre los géneros, en la que los hombres gozan, frente a las mujeres, de una posición preferencial tanto en el espacio público como privado. Respecto

8 de esta desigualdad que sigue siendo difícil de superar, a pesar de las transformaciones en las relaciones entre los géneros antes apuntadas, Musfeld (1997: 13) afirma lo siguiente:

Esta jerarquía selló la valoración de los géneros en todos los campos de la vida social y cultural: comenzando con la remuneración inferior, la exclusión de las mujeres de las funciones directivas y del acceso a las posiciones de poder, hasta la representación carencial de los intereses femeninos en el lenguaje, la cultura y los medios de comunicación, así como en los comportamientos discriminatorios contra la mujer en todos los niveles de comunicación tanto verbales como no verbales. Esta dominación encuentra su manifestación más dramática en la violencia contra las mujeres.

No solo en los vínculos reales entre los hombres y las mujeres, sino también en las representaciones simbólicas de la cultura continuamos encontrando una dominación de lo masculino sobre lo femenino, que es atravesada por fantasías y mitos inconscientes de carácter patriarcal. Como propone Rohde-Dachser (1991: 96), no solo en la literatura, el arte y la mitología, sino también en la teoría psicoanalítica existe una tendencia a la creación de fantasías masculinas, que están al servicio de la producción social de lo inconsciente:

Imágenes sobre lo femenino en la literatura y el arte y aquellas semejantes en la teoría psicoanalítica provienen del mismo inconsciente colectivo y se puede, por lo tanto, bajo ciertos límites recurrir a ellas para una interpretación recíproca, no para ser mutuamente legitimadas, sino para de esta forma ser esclarecidas.

Del mismo modo que en los sueños, encontramos en el arte, la mitología y el ritual espacios simbólicos, que no solo están al servicio de la producción de mundos de la vida socialmente tabuizados, sino también de la satisfacción de deseos inconscientes colectivos. En otras palabras, estas manifestaciones simbólicas culturales responden a un doble movimiento. Por un

lado, tienen una función de resimbolización en relación con la representación de mundos de la vida que subvierten las normas, prohibiciones y tabúes de una época histórica determinada. Por otro lado, tienden a la desimbolización de proyectos de vida conflictivos para el consenso social, que ponen en peligro el orden establecido por un sistema de valores compartido socialmente (véase Lorenzer, 1986).

Hoy, después del trastrocamiento en la relación entre los géneros, que se ha producido de forma vertiginosa en las últimas décadas, parece de nuevo importante volver la mirada hacia aquel legendario enfrentamiento entre mitología e Ilustración. Se propone como urgente la búsqueda de una tercera opción, de un camino más allá de la separación dicotómica del mundo y más allá de la identidad individual escindida que desemboca en una negación de la diferencia entre los géneros.

Aparece la posibilidad de que la lucha entre la vida y la muerte, entre los dioses del Olimpo y las fuerzas *ctónicas* expulsadas al Hades, o entre la *dureza masculina* de las leyes culturales y la *fluidéz femenina* de las pasiones corporales, no implique el necesario dominio de uno sobre el otro. Lo *posible* aparece como un trastocar los viejos lugares de la devaluación o exclusión del *otro*, de aquello vivido como *extranjero* para el sí mismo o experimentado como no idéntico. Las fronteras aparentemente indisolubles que han remarcado la diferencia entre los géneros desde hace siglos se han resquebrajado en tal grado como hasta hace poco hubiera sido inimaginable. Han quedado espacios libres, sin barreras sólidas, en los que los hombres y las mujeres disuelven mutuamente las imágenes estereotipadas preestablecidas en los roles de género. Los viejos roles, gestos y máscaras dejan de funcionar como absolutos, en su separación irreconciliable.

Lo novedoso de las experiencias de vida y la incertidumbre en las relaciones entre los géneros producen espacios potenciales nuevos, en los que tanto la angustia, la desconfianza y la decepción frente a lo desconocido, como el reconocimiento de la diferencia entre los géneros y la ambivalencia frente a los roles tradicionales abren la posibilidad de un nuevo encuentro entre hombres y mujeres. Son estos espacios los que nos hacen volver la mirada a las raíces míticas, a los fundamentos simbólicos de la

- 10 cultura occidental, a partir de los cuales tanto la polarización entre los géneros como su trascendencia –que hasta hoy no dejan de impregnar la relación entre hombres y mujeres–, se han desarrollado. En esta búsqueda de espacios potenciales me encontré con la *Medea* de Eurípides. Para poder acercarme mejor al significado que la figura de Medea tiene como sujeto femenino trágico para la comprensión de la feminidad en la realidad actual, me parece necesario ocuparme de las contradicciones en las imágenes sobre lo femenino presentes dentro de la teoría psicoanalítica.

LA COMPRENSIÓN DE LA SUBJETIVIDAD FEMENINA EN LA TEORÍA PSICOANALÍTICA DESDE UNA PERSPECTIVA FEMINISTA

La comprensión del desarrollo psicosexual y la formación de la identidad en la mujer dentro del psicoanálisis ha estado teñida, desde Freud, por la imagen enigmática de oscuridad e inaccesibilidad que ya históricamente pertenecía a lo femenino desde los griegos. Los aportes críticos de Freud sobre la sexualidad humana –tanto la sexualidad adulta e infantil como las perversiones– contradicen su concepto limitado y mistificado del desarrollo sexual femenino (al respecto, véase Freud, 1905a, 1925, 1931 y 1933). Esta discrepancia ha sido intensamente discutida desde la década de los setenta, por autoras y autores dentro de la teoría psicoanalítica, que bajo la influencia del nuevo movimiento feminista, comenzaron a reflexionar sobre la feminidad y sobre aquellos temas socialmente tabuizados alrededor de la sexualidad y la identidad de la mujer.

Se podría decir, siguiendo a Hagemann-White (1978), que con la segunda fase del movimiento feminista y el debate respectivo sobre la feminidad en el psicoanálisis, luego de una interrupción de treinta años debida a las experiencias traumatizantes causadas por la Segunda Guerra Mundial, se inició una intensa discusión, en la cual la diferencia entre los géneros ha ocupado el lugar central³.

3 Siguiendo a la autora la primera fase de la discusión sobre la feminidad forma parte de una etapa tardía de desarrollo del psicoanálisis en los años veinte y treinta del siglo XX.

El desarrollo del conflicto de Edipo en las niñas, junto con las características asociadas con el temor a la castración y la envidia del pene, que hasta ahora habían sido conceptualizadas a partir de la teoría del *monismo fálico*, fueron cuestionadas por primera vez, tanto como consecuencia de los profundos cambios sociales en los roles sexuales dentro del proceso de modernización, como a raíz de los nuevos descubrimientos en el campo de la sexualidad humana (véase, entre otros, Masters y Johnson, 1966; Stoller, 1968 y 1975).

La relación pre-edípica madre-hija y el papel del padre en el proceso de separación e individuación, la controversia en torno a la excitabilidad vaginal temprana de la niña y el desarrollo particular del complejo de Edipo en la mujer, influenciado por su posición social dentro de la sociedad, se van convirtiendo en temas controversiales dentro de la teoría psicoanalítica y más allá de esta. Igualmente, los conflictos particulares de la mujer con respecto al manejo activo de la sexualidad y la agresividad, asociados con la supuesta tendencia dominante de esta hacia el masoquismo, la depresión y la culpa, así como sus dificultades en relación con el proceso de separación-individuación y el desarrollo de una identidad femenina autónoma, han llegado a ser los ejes de la discusión crítica sobre la diferencia entre los géneros.

Los tabúes en torno al placer y erotismo femeninos como un lugar vacío frente a una sexualidad masculina organizada alrededor del pene y la erección como características fálicas y, finalmente, la reducción de la diferencia sexual al conflicto entre posesión o carencia, constituyen, dentro de la teoría psicoanalítica, las condiciones básicas para la ubicación de la sexualidad femenina en el lugar de lo *extranjero*. La sexualidad femenina queda de esta forma asociada a un *continente oscuro*, que amenaza con desbordarse si no se rodea de los diques culturales adecuados. Al mismo tiempo, la agresividad femenina aparece extraña dentro del rol social tradicional de la mujer, vinculado con la maternidad y la capacidad de cuidado y protección de los otros. La feminidad queda asociada a la pasividad, una deficiente autonomía en la toma de decisiones y escasa capacidad de autodeterminación o, por el contrario, queda reducida al lugar de la furia destructiva

12 sin límites. Hasta hoy no son frecuentes, dentro de la teoría psicoanalítica, ni tampoco fuera de sus fronteras, imágenes de la feminidad que se encuentran más allá de esta polarización.

En este sentido, los trabajos de Cixous (1975, 2001), Clément (1975), Irigaray (1977, 1997) y Kristeva (1974, 1980) sobre la feminidad están impregnados de fantasías e imágenes utópicas que abren nuevas perspectivas en torno a las particularidades del placer sexual, la creatividad y el lenguaje en la mujer. Estas autoras, influenciadas por el psicoanálisis lacaniano, se proponen una crítica destructiva de la estructuración jerárquica del mundo en oposiciones binarias, oposiciones en las cuales la feminidad y la masculinidad se han enfrentado entre sí como enemigos en una guerra interminable entre los sexos.

Esta crítica abarca también el *falogocentrismo* del pensamiento lacaniano, en el cual el privilegio del falo y la supuesta plenitud originaria del ser, fundamentalmente masculino, se oponen a lo femenino representado como falta. Lo femenino asociado con la fluidez de las pulsiones corporales es recuperado por las autoras mediante fantasías voluptuosas sobre el erotismo femenino y el cuerpo de la mujer, la potencialidad de una *escritura femenina* que trasciende los límites endurecidos de la escritura masculina y la potencialidad creativa de las mujeres asociada con la experiencia particular de la maternidad. Si bien estas autoras terminan por caer en una nueva imagen bipolar de las relaciones entre los géneros, en la cual las diferencias entre las mujeres de diversas clases sociales, culturas, grupos étnicos o religiosos se tornan borrosas, sus aportes son fundamentales para una alternativa en la comprensión de la sexualidad y la creatividad femeninas. El énfasis puesto en el concepto de la diferencia entre los géneros las lleva a reconceptualizar las imágenes sobre el placer y la sexualidad en la mujer:

Su sexualidad (contra Freud) nunca es verdaderamente fálica/genital. A diferencia del placer del hombre, el de la mujer nunca se centra en un órgano o se orienta a una meta: la liberación (de la tensión) orgásmica. Es más bien plural: 'La mujer tiene órganos sexuales más o menos en todas partes. La geografía de su placer está mucho más

diversificada, es más múltiple [sic] en sus diferencias, más compleja, más sutil que lo que se imagina comúnmente.
(Irigaray, 1985, cit. por Flax, 1990: 288)

La sexualidad femenina se conceptualiza nuevamente a partir de cualidades propias no derivadas de la negación de lo masculino. La ausencia de pene, la carencia o la falta dejan de ocupar el lugar fundamental de la identidad femenina. Más que la igualdad entre lo femenino y lo masculino, el énfasis está en la diferencia entre los géneros, en la búsqueda de una escritura femenina que nos hable del deseo, el goce y el cuerpo de las mujeres. Si bien esta propuesta rescata la fluidez y la diversidad del placer femenino, oculta aquellas manifestaciones de la agresividad en las mujeres, vinculadas a sus deseos de separación, autodeterminación y dominio (al respecto, se puede ver Flax, *óp. cit.*: 293). Nos queda una imagen idealizada del erotismo y la creatividad femenino, en la que la mujer desprestigiada en el discurso patriarcal es revalorada, pero, al mismo tiempo, vuelve a ubicarse en el lugar del *otro*, de la diferencia.

Otras autoras como Schlesier (1981) y Rohde-Dachser (1990, 1991 y 1996) realizan una interpretación crítica sobre las imágenes de lo femenino en la teoría psicoanalítica, la literatura y la mitología que ofrece una nueva perspectiva sobre la identidad femenina, una perspectiva en la cual la sexualidad y la agresión en la mujer son desmitificadas para poder ser reconocidas en su diversidad y en su legitimidad. Las autoras exploran manifestaciones de la feminidad que trascienden los mitos sobre las imágenes de la *madre mala*, devoradora y destructiva, la *mujer fálica*, seductora y asesina, o la *mujer castrada*, incapaz de autonomía y autodeterminación. Estas imágenes endurecidas de lo femenino han dominado desde sus orígenes los discursos psicoanalíticos.

Las autoras proponen como alternativa el acercamiento a una imagen de la mujer como sujeto independiente, con capacidad de autodeterminación y de acción autónoma sobre su propia vida. El interés se centra en la búsqueda de una concepción sobre la feminidad que trascienda la imagen devaluada de la mujer como ser pasivo, dependiente, poco agresivo y *dessexualizado*.

Frente a esta imagen unilateral y unitaria, las autoras exploran imágenes diversas sobre las manifestaciones activas de la sexualidad, la agresividad y la autorreflexión en la mujer.

Por otra parte, la conceptualización que Kestenberg (1968 y 1988) y Bernstein (1993) realizan sobre la genitalidad femenina considerándola como un sistema abierto, determinado por los órganos genitales internos de la mujer, constituye otro aporte fundamental. Sus estudios sobre una genitalidad interna en las mujeres, cuya experiencia implica angustias particulares asociadas a sus órganos sexuales, constituyen un avance significativo en la comprensión de la sexualidad femenina y la maternidad. Las fantasías y angustias que surgen de las experiencias sexuales infantiles relacionadas con la vagina, el clítoris, el cargar a un hijo en el propio cuerpo, amamantarlo o cuidarlo como hace la madre, entre otros aspectos, ofrecen una comprensión de la sexualidad femenina desde sus propias especificidades.

Encontramos en estas autoras imágenes que trascienden las representaciones de la envidia del pene y la angustia de castración como los determinantes fundamentales en el desarrollo de la sexualidad en las niñas. Las experiencias sexuales pre-édicas producto de la relación temprana con la madre, como imagen dual en la identificación con su género, y del temprano proceso de triangulación con la figura paterna, así como las experiencias edípicas que surgen de la identificación con la feminidad y la maternidad, de la rivalidad con la figura materna y del deseo hacia la figura paterna, se consideran experiencias fundamentales, creadoras de identidad en la mujer.

Desde la perspectiva de la teoría de las relaciones objetales, los estudios de Chodorow (1978), Benjamin (1988), Poluda-Korte (1992) y King (1995), en torno al desarrollo psicosexual y la paradoja de la dependencia y la autonomía en la mujer, constituyen aportes fundamentales para comprender la identidad femenina a partir de los cambios actuales en las relaciones entre los géneros. Estos estudios abarcan una comprensión crítica de las complejas relaciones entre feminidad, interdependencia y autonomía en la mujer; una comprensión que va más allá de la imagen tradicional de la mujer, asociada con pasividad, dependencia e inseguridad, en la cual las capacidades de la mujer para la interdependencia y

el soporte, la contención y la protección del otro no necesariamente están dissociadas de la acción autónoma, la autodeterminación y la autorreflexión.

Los trabajos de Chodorow enfatizan demasiado en la capacidad de la mujer para establecer relaciones con los otros, es decir, para la interdependencia, el vínculo y la solidaridad, frente al distanciamiento, la separación y la autonomía, que serían más bien capacidades de los hombres. Al proponer la separación de estas cualidades, se restituye la *imagen bipolar* de los géneros, en la cual se asignan lugares rígidos tanto a las mujeres como a los hombres.

Las otras autoras logran trascender esta imagen unilateral de la feminidad, al ocuparse no solo de las condiciones psicosociales que bloquean o dificultan, sino también de aquellas que facilitan el desarrollo de una identidad autónoma en las mujeres. Al intentar acercarse al proceso de constitución de la mujer como sujeto, estas autoras brindan un aporte valioso al proceso de desmitificación de las imágenes patriarcales sobre la feminidad, dominantes aún en la teoría psicoanalítica. Mientras en estas imágenes hegemónicas la mujer sigue todavía recluida en el mundo enigmático de las pasiones corporales, para estas autoras la mujer, como sujeto con capacidad de reflexión y decisión autónoma, regresa al mundo de la cultura.

Los estudios de Dio Bleichmar (1985, 1997), Burín y Meler (1998, 2000), Fernández (1992, 2001) y Tubert (1995, 1996), entre otros, vienen a ofrecer dentro de la compleja realidad de las relaciones entre los géneros en Latinoamérica, una nueva perspectiva sobre los vínculos entre feminismo, género y psicoanálisis. A partir de la experiencia clínica, de la investigación y de la participación en organizaciones que trabajan con mujeres, estas autoras intentan acercarse a la multiplicidad de experiencias que las mujeres de diversos sectores sociales viven en una época de transformaciones sociales intensas. La especificidad de la realidad latinoamericana como contexto amplio en el que las relaciones entre los géneros adquieren cualidades propias se manifiesta como una inquietud constante entre algunos grupos de psicoanalistas que se han dedicado a estudios sobre la mujer y sobre los géneros en las últimas décadas.

Fernández (1992) se ha ocupado en explorar la influencia que el imaginario social, como universo de significaciones predominantes en una sociedad determinada, tiene sobre la construcción de las relaciones entre los géneros. El imaginario social hace que los miembros de una sociedad *enlacen y adecuen sus deseos al poder*, es decir, que los controles institucionales se inscriban como reguladores en la subjetividad de hombres y mujeres (Mari, 1988, cit. por Fernández, 1992: 15). Se podría afirmar, siguiendo a la autora, que el funcionamiento de los dispositivos de poder se ejecuta en dos niveles que coexisten y se complementan entre sí:

Los dispositivos de poder exigen, como condición de su funcionamiento y su reproducción, no solo sistemas de legitimación, enunciados, normativas y reglas de justificación y sanciones de las conductas no deseables (discursos del orden), sino también prácticas extradiscursivas; necesita [sic] soportes mitológicos, emblemas y rituales que hablen a las pasiones y, en consecuencia, disciplinen los cuerpos. (Fernández, 1992: 15)

Existen una serie de mecanismos institucionales mediante los cuales los mitos sociales logran su eficacia en el *disciplinamiento* y en la legitimación del control social. Al respecto, la autora se refiere a la *eficacia simbólica*, como repetición insistente de las narrativas míticas, y a la *violencia simbólica*, como voluntad totalizadora y esencialista, violencia mediante la cual se instaura un universalismo ahistórico que invisibiliza la diversidad y el proceso sociohistórico de construcción del imaginario social. Algunos de los mitos sociales de la familia burguesa, que surgen con la modernidad, como el mito de la *mujer-madre*, el de la *pasividad erótica femenina* y el del *amor romántico* se concentran en regular, de esta forma, el placer sexual en las mujeres. En este sentido, nos encontramos en la teoría psicoanalítica con un conjunto de objetos prohibidos o denegados, que corresponden a los silenciamientos que se legitiman en estos mitos sociales sobre la feminidad. Estos objetos responden a los lugares psíquicos del cuerpo de las mujeres que no son simétricos con el cuerpo

de los hombres. Más allá de la envidia del pene y la angustia de castración, las fantasías y angustias asociadas a las zonas erógenas femeninas como la vulva, los labios menores y mayores, el clítoris, la vagina y los senos, no se toman en cuenta dentro de la comprensión psicoanalítica de la sexualidad femenina.

Asimismo, frente a una envidia del pene considerada como natural e inamovible, la envidia de la maternidad, en los niños y niñas, apenas se ha empezado a discutir seriamente en los últimos años. Como conclusión, Fernández (1992 y 2001) propone que se debe superar la negación de la diferencia entre los géneros en el psicoanálisis y, además, se debe construir otra lógica de la diferencia, que supere las concepciones bipolares del mundo. Dentro de la discusión, desde una óptica psicoanalítica, sobre las relaciones entre los géneros debe emprenderse una discusión social en torno a la *des-naturalización* del patriarcado y la constitución de una lógica de las diferencias que no se base en la exclusión o en la inferiorización de ellas.

Dio Bleichmar (1997) realiza una discusión crítica sobre algunos enunciados psicoanalíticos de orientación lacaniana, que a pesar de intentar superar el peso de lo anatómico en la comprensión freudiana de la feminidad, terminan de nuevo por legitimar una imagen bipolar esencialista y ahistórica de la mujer. Sin entrar en una discusión profunda de las tesis centrales sobre la feminidad en la teoría psicoanalítica lacaniana, propósito que trasciende en mucho los alcances de este trabajo, voy a comentar brevemente la propuesta de la autora al respecto. Que el *orden del lenguaje* se corresponda con el *orden fálico*, respecto de una mujer que *no toda* pertenece al orden simbólico, lo que significa que está *un poco* fuera de la ley, es un postulado que legitima la imagen patriarcal de la mujer como un *otro*, asociado con la naturaleza desbordada e incontrolable. La mujer tendría acceso a *otro* goce, un goce femenino, un *goce suplementario* que escapa al registro fálico y se ubica en un lugar fuera de lo simbólico (141). De igual forma como la mujer bíblica existe gracias al poder divino que la extrajo de la costilla de Adán, la mujer lacaniana existe gracias a la lógica del falo, que corresponde a la *ley del padre*. Sobre el peso de la cultura en esta imagen de lo femenino, se cuestiona la autora:

La teoría describe la esencia de la feminidad como esa posición psíquica de objeto causa de deseo, redoblando y a la vez silenciando que es ese el papel que la cultura le impone como la debida feminidad, y luego cuando lee el fantasma erótico en que la mujer no hace más que obedecer el mandato, desconoce tal imposición y le descubre una falta. (Dio Bleichmar, 1997: 143, subrayado en el original)

La ley paterna que legisla el deseo humano es sexista, es decir, es producto de un sistema social patriarcal, donde la mujer queda recluida en el lugar de la ausencia o negación de lo masculino. La imagen de la mujer y, no lo humano, como encarnación de la falta, sin explicitar los fundamentos sociales, culturales e históricos que han determinado la desigualdad y la discriminación en las relaciones de poder entre los géneros, pareciera que atrapa a la mujer misma en el limbo de la naturaleza. Al respecto, de nuevo afirma Dio Bleichmar (1992: 144):

La masculinidad/feminidad es una normativa, una legalidad presente en el deseo inconsciente y en el Ideal del Yo de todo hombre/mujer, de todo padre/madre de nuestra cultura, que ritualiza y da forma a la sexualidad de toda nena/varón, en la dirección desigual que conforma lo que entendemos como diferencias sexuales.

Se podría afirmar, siguiendo a la autora, que existe una *falta de una erótica femenina*, que, reconociendo la diferencia entre los géneros, pueda dar cuenta de las particularidades de la sexualidad femenina.

En relación con la comprensión de la subjetividad desde la dimensión socio-histórica, Meler (1992), se ha dedicado a indagar sobre la influencia que las transformaciones en las relaciones entre los géneros, que se vienen desarrollando en las últimas décadas, tienen sobre la organización familiar. La autora se plantea el desafío de abordar las implicaciones psicosociales de estos cambios en los hogares reorganizados por el divorcio, los hogares monoparentales, los jóvenes que viven fuera de la casa de sus padres de manera independiente, las personas mayores que viven

solas o en grupos, y los matrimonios homosexuales con hijos o sin ellos, entre otros. Este desafío implica la posibilidad de acercarse a las diversas formas de socialización y de constitución de la subjetividad en la actualidad. En el campo clínico, la autora plantea la necesidad de elaborar una aproximación terapéutica para enfrentarse de forma crítica a las consecuencias psicosociales que las relaciones de poder entre los géneros tienen en la constitución de la subjetividad:

Esta preocupación por evitar una práctica terapéutica sexista es reveladora de un doble compromiso: por una parte, con la transformación de la condición social de las mujeres y, por la otra, con la restitución a la tarea psicoanalítica de su carácter innovador en la búsqueda de la comprensión y el alivio del padecimiento psíquico. (Meler, 1992: 185)

Más que la reproducción del imaginario social como fundamento para establecer los criterios de salud mental, la autora propone una apertura hacia las nuevas y diversas necesidades que los pacientes plantean. La práctica terapéutica debe más bien brindar contención y apoyo en el proceso de búsqueda de nuevos modelos identificatorios y patrones de vinculación diferentes entre los géneros y entre las generaciones.

A partir del análisis sobre las relaciones entre psicoanálisis, feminismo y posmodernismo, Tubert (1995: 7-8, 20) compara las premisas teóricas y filosóficas que considera comunes al psicoanálisis y al feminismo, modelos de pensamiento que surgieron durante la transición del siglo XIX al XX:

- *Tanto el psicoanálisis como el feminismo, más allá de sus aportaciones al saber acerca del ser humano, se han constituido como modos de cuestionamiento de los conocimientos establecidos, por lo que se sitúan en la dimensión del pensamiento crítico [...]*
- *Tanto para el psicoanálisis como para el feminismo, en el eje de sus investigaciones y desarrollos teóricos se localiza la cuestión de la diferencia entre los sexos [...] más allá de sus evidentes diferencias, el psicoanálisis y el feminismo han*

coincido en el esfuerzo por comprender la construcción cultural de la diferencia sexual, por localizar las causas de la opresión y de la violencia sexual, y por deconstruir las formas en que nos vemos afectados por nuestra inclusión en el orden simbólico patriarcal [...]

- *Ambos mantienen una relación doble con el pensamiento ilustrado: hijos de la modernidad en el intento de llevar las premisas de la ilustración hasta sus últimas consecuencias, han mostrado, por ello mismo, sus límites y falencias, y han cuestionado sus pretensiones imposibles –la igualdad, la universalidad, la racionalidad– y sus promesas incumplidas –el progreso y la felicidad.*

De los tres momentos de producción intelectual que han acompañado a los movimientos feministas –los estudios de la mujer, los estudios de género y los estudios sobre la diferencia entre los géneros, articulados con otros sistemas de diferencias socio-culturales– es fundamentalmente en este tercer momento donde la articulación entre psicoanálisis y feminismo ha tenido su mayor desarrollo. Principalmente, a partir de la década de los setenta se ha desarrollado una crítica feminista de los fundamentos teóricos patriarcales en el psicoanálisis. Esta discusión se ha centrado en cuestionar el *monismo fálico*, que había predominado en la comprensión psicoanalítica sobre la feminidad desde Freud. El análisis de la sexualidad femenina a partir del concepto de diferencia entre los géneros viene a brindar, como hemos visto, una visión nueva y alternativa sobre la feminidad.

De acuerdo con la autora, se podría afirmar que tanto el psicoanálisis como el feminismo y el posmodernismo han cuestionado el concepto de sujeto unitario y esencialmente racional que ha dominado desde el surgimiento de la Época Moderna. Sin embargo, la crítica que realiza el posmodernismo del concepto de sujeto moderno pareciera que termina negando, de forma contradictoria, la existencia del deseo de liberación que diversos sectores sociales manifiestan cotidianamente en sus luchas contra la dominación.

Los movimientos de liberación de las mujeres, de homosexuales, de jóvenes, de indígenas y de afrodescendientes, entre

otros, constituyen manifestaciones de resistencia de sujetos individuales y colectivos que buscan la creación de mundos de la vida alternativos. Al respecto, afirma Tubert (1996: 307): “Así, Nancy Hartsock (1987) se pregunta por qué, justo cuando en la historia de Occidente las poblaciones previamente silenciadas comenzaron a hablar por sí mismas, se torna sospechoso el concepto de sujeto y la posibilidad de descubrir (o crear) una *verdad* liberadora”.

En este sentido, tanto el psicoanálisis como el feminismo ofrecen un bagaje discursivo que permite adentrarse en esta búsqueda de espacios subjetivos y sociales nuevos, en los que las relaciones de poder endurecidas se disuelvan gradualmente. Sin embargo, la posición *deconstruccionista* del posmodernismo se presenta, a la vez, como una alternativa frente a las tendencias esencialistas y ahistóricas que a menudo dificultan la autorreflexión crítica dentro del psicoanálisis y el feminismo.

A partir de los aportes feministas a la teoría psicoanalítica desarrollados hasta aquí y en un intento por deconstruir las mistificadas y complejas relaciones entre sexualidad, agresión y autonomía en la mujer, quisiera abordar, a continuación, algunas condiciones psicosociales particulares, que influyen en la constitución de la identidad en la mujer.

SEXUALIDAD, AGRESIÓN Y AUTONOMÍA:

RECONOCIMIENTO DE LA MUJER COMO SUJETO DE DESEO

El desarrollo de la identidad en la mujer está atravesado por la paradoja que la igualdad de género entre la hija y la madre contiene, es decir, la discrepancia entre la dependencia y la autonomía frente a un mismo objeto. La niña pequeña está desde el principio confrontada con la tensión inevitable entre identificación y des-identificación, o dicho de otra forma, entre el vincularse y el separarse de un objeto igual a sí misma.

Por un lado, la niña experimenta la necesidad urgente de separarse de la madre, de convertirse en otra, en un individuo distinto; por otro, debe identificarse con ella, con sus atributos femeninos y maternos. De acuerdo con King (1995), esta

situación paradójica en la relación madre-hija abre un doble potencial: por una parte, una fuente de conflictos difíciles de manejar; por otra, la posibilidad de identificarse con la potencia sexual y creativa de la madre. Esta semejanza personificada en la igualdad de género entre la madre y la hija puede ser considerada, siguiendo a Chodorow (1978), como una relación que estimula la capacidad de vínculos, caracterizados por la cercanía, la confianza y la lealtad. La relación íntima entre la madre y la hija puede animar tanto la empatía, la compasión y la preocupación hacia el otro, como fortalecer en la niña la capacidad de manifestar de forma abierta sus sentimientos.

Por otra parte, la semejanza corporal y psíquica, que impregna la relación madre-hija, puede ser vista como un componente que estimula la autonomía y la individuación. La fuerte ambivalencia que caracteriza la relación madre-hija está marcada por la rivalidad, la envidia y el odio, que inevitablemente acompaña el proceso de separación y el conflicto edípico en la mujer. Las experiencias de decepción e impotencia que pertenecen a la relación madre-hija fortalecen en la niña la *agresión de separación*, que posibilita la curiosidad, el deseo de saber y la tendencia a buscar un mundo que se encuentra más allá de la relación diádica con la madre.

Ya muy temprano en el proceso de socialización aparece el padre –o alguna figura de identificación externa a la díada madre-hija– como un tercero que viene a introducir en la relación diádica lo diferente y lo desconocido⁴. Este representa aquello vivido como *lo extraño*, que a menudo es asociado con el establecimiento de roles sociales y un sistema de valores colectivo. En este sentido, se podría afirmar, que la confrontación entre lo femenino y lo masculino se encuentra en la base del proceso de

4 En relación con el rol significativo del padre en el proceso de separación-individuación, como un tercero que representa el mundo externo en la temprana relación madre-hijo, se pueden comparar, entre otros, Abelin (1971, 1980), Rottmann (1978), Benjamin (1988) y Rohde-Dachser (1990 y 1991). En relación con su rol específico como mediador en la tensión entre lo extraño y lo propio en el desarrollo de la identidad, véase Bosse (1992).

separación e individuación que hace posible el desarrollo de la identidad de género. Tanto en la temprana triangulación de los primeros años, como en el proceso de separación durante la adolescencia, la ambivalencia entre los impulsos agresivos y sexuales, entre el deseo de vincularse con las figuras de identificación y, a la vez, separarse de ellas desempeña un papel central en el desarrollo de un proyecto de vida autónomo.

La *agresión de separación* y la necesidad de una des-identificación de los padres en la adolescencia son de esta forma, determinadas en gran parte por la posibilidad de identificarse, y a la vez, distanciarse, tanto de los componentes femenino-maternos *interiorizados*, como de los masculino-paternos. En este sentido, aparece la *tensión entre los géneros* como condición fundamental para el desarrollo de la sexualidad femenina y para la comprensión de la formación de la identidad femenina (véanse Reiche, 1990 y King, 1995).

La tensión entre los géneros representa, en el nivel psíquico, el enfrentamiento entre el *polo femenino y el masculino* en la propia identidad de género. A partir de esta tensión, surge el conflicto entre los componentes pasivos y activos, que pertenecen tanto a la masculinidad como a la feminidad en cada individuo. Esta tensión es, al mismo tiempo, producto de la relación real entre los hombres y las mujeres. Esta relación posibilita, mediante unenfrentamiento abierto entre los géneros, tanto el reconocimiento de la diferencia, como de la mutua dependencia entre ellos.

El proceso de individuación del sí mismo constituye una tensión permanente entre la capacidad de distanciamiento y, al mismo tiempo, de identificación con los padres, la familia y las tradiciones culturales. La capacidad de identificación y des-identificación con las imágenes maternas y paternas, en términos de un reconocimiento de la diferencia entre los géneros, sin caer en la exclusión o expulsión del otro, constituye un requisito fundamental para la creación de experiencias nuevas (véanse Bosse 1994b y 1995, Bosse y King, 1998). En el caso de la mujer, se podría hablar de la posibilidad de creación de su propia feminidad, es decir, del proceso de constitución de una identidad femenina autónoma.

Durante la adolescencia, las manifestaciones intensas de la agresividad que tienden a la separación (*agresión de separación*) constituyen experiencias fundamentales en el proceso de des-identificación de los padres (véase Bosse, 1995). Cuando esta *agresión de separación* no se expresa de una forma adecuada se puede producir tanto una ruptura de las relaciones con la familia y una negación de la dependencia de los padres, como manifestaciones destructivas o autodestructivas de agresividad. Bajo estas condiciones, el proceso de des-identificación se va a dificultar como consecuencia de la desvalorización y de la idealización de los diversos componentes de las figuras paternas, condiciones que obstaculizan la transición de una adolescencia creativa hacia el desarrollo de la autonomía y la autoconsciencia en la etapa adulta. Cómo se da este paso desde la infancia, por la adolescencia hasta la etapa adulta en las mujeres y hasta qué punto la lucha por un *proyecto de vida propio* se ve culturalmente estimulado u obstaculizado, constituyen interrogantes fundamentales para la comprensión de la identidad femenina.

En este sentido, se podría afirmar que la integración de los *polos femenino y masculino* en el desarrollo de la identidad en la mujer no ocurre a menudo. Por el contrario, tiende a producirse un proceso de identificación, en el que un *polo* es reprimido por el otro. Este proceso desemboca a menudo, siguiendo a Kristeva (1974), en dos modelos de identificación estereotipados. Por un lado, existe la posibilidad de una fuerte identificación de la niña con el padre y de una idealización de la *imago* paterna, acompañada de una represión de la sexualidad femenina y de las experiencias placenteras asociadas con la *imago* materna. La devaluación de la feminidad surge como consecuencia de una des-identificación de los componentes amenazantes y persecutorios de la madre pre-edípica. Por otro lado, existe la posibilidad de una identificación con una *imago* materna *dessexualizada*, lo cual implica una intensificación de las fases pre-edípicas y de nuevo una idealización de la *imago* paterna. Esta no se acompaña de una identificación con el padre, sino de una dependencia intensa del hombre. En ambos casos, la des-idealización de la *imago* paterna, como parte del trabajo de separación en la resolución del complejo de Edipo y del proceso

de desprendimiento durante la adolescencia, aparece inhibida⁵. En estas dos posibilidades nos encontramos con una escisión en la formación de la identidad femenina. Ya sea que, mediando una identificación fálica, la mujer deba devaluar su propia feminidad, o, que, por una identificación pre-edípica con la madre, deba permanecer encerrada en una *feminidad* excluyente. En este sentido, Kristeva (1974) se refiere, como opciones excluyentes, a dos arquetipos femeninos del cristianismo, la *mujer extática* y la *mujer melancólica*. En ambos modelos de identificación, la posibilidad de incorporar componentes masculinos y femeninos es inexistente porque la diferencia entre los géneros no es reconocida.

Respecto de Medea, nos vemos enfrentados a la dificultad para asociarla con una de estas dos formas de feminidad. Por esta razón, me interesa investigar de qué modo en la tragedia se escenifican la tensión entre los componentes femeninos y masculinos, el conflicto entre lo tradicional y lo moderno, así como, la ambivalencia entre la dependencia y la autonomía, presentes en las imágenes de la feminidad y la maternidad. Dentro de esta discusión sobre sexualidad y *agresión femenina*, la figura de Medea representa una imagen literaria provocadora, que se mueve en el límite entre el rol de víctima de la mujer-madre, transmitido por la tradición, y la posición del sujeto femenino, que se puede enfrentar de forma activa a los roles femeninos asignados socialmente.

En adelante, quiero elaborar más detenidamente, de qué modo la representación en la figura de Medea, tanto de los deseos sexuales como de la agresividad en la mujer, cuestiona los conceptos femeninos socialmente considerados tabú dentro de la teoría psicoanalítica.

“Las mujeres que aman demasiado: el deseo secreto de sentirse necesitada”, dice el título de un *bestseller* norteamericano sobre la dependencia de las mujeres en el amor (véase Norwood, 1985). El

5 En lo relativo al rol esencial de la des-idealización del padre en el desarrollo de la identidad femenina, se pueden comparar, entre otros, Rohde-Dachser (1990) y Poluda-Korte (1992).

arte, la literatura, los medios de comunicación y, con ellos, la teoría psicoanalítica, no se cansan de hablarnos del amor apasionado y a menudo incomprensible de las mujeres, del amor como un lugar donde el sí mismo autónomo del sujeto femenino se disuelve en un mar de fusiones, agravios y desengaños. La supuesta tendencia de la mujer a una dependencia extrema del hombre, su urgente necesidad de reconocimiento en el amor y la disolución de la feminidad en la maternidad, aparecen como imágenes mistificadas en las que lo femenino queda atrapado en una imposibilidad o mayor dificultad de la mujer para acceder a un proyecto de vida autónomo. Pareciera como si en el amor y en la maternidad se escenificara, de forma privilegiada para la mujer, el conflicto extremo entre su posición social tradicional y su anhelo de transgredirla.

De esta manera, algunos de los temas fundamentales en relación con la diferencia entre los géneros, que en los últimos años dentro de la teoría psicoanalítica se han venido discutiendo, están directamente relacionados con el vínculo entre la sexualidad y la *agresión femeninas* y el desarrollo de un proyecto de vida autónomo en la mujer. Mediante el análisis de la interdependencia entre el amor, la agresión y *lo extranjero* en la figura de Medea voy a acercarme a la forma en que estos componentes conflictivos se encuentran entrelazados con la tendencia de la mujer hacia la autonomía, la autoafirmación y la propia realización.

La comprensión de la *agresión femenina* en comparación con las formas de manifestación de la agresividad masculina conforma un aspecto vital en los estudios de género con orientación psicoanalítica⁶. De nuevo nos encontramos con una imagen mistificada, escindida, de la mujer. Por un lado, la mujer aparece como menos agresiva y belicosa que el hombre. Se le considera con tendencias depresivo-masoquistas, que coinciden, más bien, con una imagen *desexualizada*, pasiva y sin poder de la mujer —y en particular de la madre— y con una

6 Para una comparación entre las motivaciones inconscientes de la *agresión femenina* y la *agresión masculina* véase, entre otros, Rohde-Daehser (1996).

representación endeble de lo femenino. Por otro lado, la figura de la mujer agresiva, que seduce y destruye a los hombres, es transformada, dentro del psicoanálisis, en una madre omnipotente, castrante y devoradora⁷.

De acuerdo con Rohde-Dachser (1991), la imagen de la madre mala, en la teoría psicoanalítica y más allá de esta, fue convertida en el *chivo expiatorio de la modernidad*, en aquella *otra mujer*, que surge como producto de una *demonización de lo femenino*. En este sentido, Medea se nos presenta como una figura femenina trágica, ideal para personificar la imagen de la madre castradora y asesina, esta imagen arcaica de la furia femenina devastadora, que no conoce límites y decide sobre la vida y la muerte de los otros. Medea aparece como representante de aquellas imágenes asesinas, que como las Erinias, la Esfinge o la Medusa –todas ellas mujeres– han sido convertidas en figuras monstruosas que horrorizan y que hay que eliminar para protegerse de la destrucción y la muerte. Las imágenes psíquicas de la feminidad, las fantasías sobre los orígenes relacionadas con los órganos genitales femeninos, con el lugar de la madre en la escena primaria, con el embarazo y el parto, con los *regalos* que cada mujer carga en su cuerpo –los niños, las heces y los penes– quedan enlazadas a esta imagen temprana de la *madre mala* que ha sido mistificada dentro del psicoanálisis. Son estas imágenes mistificadas de la sexualidad y la agresión femeninas, las que yo pretendo deconstruir mediante el análisis de Medea, figura ejemplar de la mitología griega, que en cierta forma no corresponde a esta imagen estereotipada de la mujer. Medea representa una figura femenina compleja, que trasciende la fantasía masculina de la mujer como encarnación del mal y es caracterizada también como una mujer autónoma y una madre poderosa.

7 Para una discusión crítica sobre estas imágenes mistificadas y escindidas, sobre la agresión y la sexualidad de la mujer dentro de la teoría psicoanalítica se pueden confrontar, entre otros, Kristeva (1974), Benjamin (1988), Rohde-Dachser (1991) y King (1992).

LA INTERPRETACIÓN DE MEDEA COMO SUJETO TRÁGICO Y LA COMPRENSIÓN PSICOANALÍTICA DE LA SEXUALIDAD Y LA AGRESIÓN FEMENINA

Cuando abordamos el tema de la mujer como asesina, en primer lugar nos llaman la atención las diferencias circunstanciales entre los hechos, determinadas por el género del homicida. No solo las imágenes presentes en la literatura y la mitología, sino también las investigaciones sobre criminalidad en mujeres, remiten a una forma específica de homicidio. Jones (1986: 12) elaboró un análisis histórico sobre casos famosos de mujeres asesinas en los Estados Unidos, desde el tiempo de la Colonia hasta el presente, y observó lo siguiente: “A diferencia de los hombres, que acuchillan a una persona totalmente extraña en una riña instigados por el alcohol o disparan contra inocentes con un rifle de gran calibre, nosotras las mujeres matamos por lo general a los que están más cercanos: matamos a nuestros hijos, a nuestros maridos, a nuestros amantes”.

Las mujeres matan, en la mayoría de los casos, a seres afectivamente cercanos, es decir, a miembros de su familia u otros parientes próximos. Por el contrario, los hombres asesinan con frecuencia en espacios públicos. Sus víctimas son personas con las cuales no necesariamente tienen una relación afectiva, sino que su relación se puede atribuir a determinadas actividades dentro del espacio público, como por ejemplo, el ámbito de los negocios, la guerra o la política. Ahora bien, en vista de que los hombres cometen con creces el mayor número de crímenes, el porcentaje de asesinatos de parientes ejecutados por hombres también es mucho mayor⁸.

8 En relación con los datos estadísticos diferenciales sobre criminalidad femenina y masculina en Alemania, escribe Wiese (1993: 26): “La carga criminal total de la mujer es mínima en comparación con la del hombre. Los números oficiales de la representación femenina en sucesos criminales oscilan entre el 13 ó 15 por ciento (Schuh 1986, 62; Rode 1985, 1) y el 20 por ciento (H. J. Schneider 1987, 561)”. Los números referentes a la participación de las mujeres en la criminalidad, comparados con la de los hombres, están entre el 15 y el 10 por ciento (Rasch, 1975 y Rode 1985, citados por Wiese, *Ibid.*).

En cuanto al deseo en la mujer de matar a sus hijos, Rheingold (1964) opina, basado en sus experiencias clínicas, que este es mucho más frecuente de lo que generalmente se supone. Aun así, la agresión de la madre contra los hijos constituye un tema escasamente discutido, especialmente debido a la predominante percepción social de la *agresión femenina* como tabú. El asesinato de un hijo o hija a manos de su propia madre representa, por ende, una situación extrema, que rompe con uno de los tabúes sociales más fuertes hasta hoy (véansen también Wiese, 1993; Hidalgo y Chacón, 1994).

Las imágenes deformadas de la mujer nos advierten sobre la urgencia de considerar detenidamente el mito de la madre *desexualizada*, sin poderes creadores ni eróticos, así como el mito de la madre arcaica, englobante, sin frustración, ni separación (véase Kristeva 1991: 445). En estas representaciones mistificadas de la madre se encuentran condensados aquellos componentes de la sexualidad y la agresión femeninas que han sido tabuizados y que generalmente solo por medio de fantasías masculinas, que están al servicio de la producción inconsciente, encuentran una forma de manifestarse. Este doble rostro de lo materno evoca la íntima relación entre la feminidad y la muerte, que ha predominado en la cultura occidental desde la Antigüedad, vínculo en el que lo femenino sintetizado en la imagen de la *gran madre tierra* se transforma en una *metáfora de la muerte* (Macho, 1987, cit. por Rohde-Dachser, 1991).

Siguiendo a Bronfen (1987), se puede afirmar que el contraste también está presente en la metáfora del *cadáver bello*, en la literatura occidental de los últimos dos siglos. La madre representa el lugar del origen, aquel sitio insondable de donde todos provenimos, el útero materno, el cuerpo fertilizado y, finalmente, la tierra fecunda. Al mismo tiempo, simboliza el lugar del retorno, del deseo irrenunciable a fusionarnos de nuevo con los orígenes, con la tierra-madre en el regazo de la muerte. De acuerdo con Kristeva (1980: 14), esta relación con la madre está teñida por una intensa ambivalencia, que transforma el cuerpo materno en representante de lo abyecto, en el lugar donde el deseo irrevocable se fusiona con un miedo más allá del lenguaje, un horror impronunciable hacia el *cuerpo intocable, imposible, ausente de la madre*.

Volviendo a la figura de Medea, encontramos en ella una pantalla en la cual proyectamos tanto la imagen de la madre omnipotente o la mujer autónoma, como la de la mujer asesina. Como expresión de la agresividad femenina podemos reconocer en ella tanto lo destructivo y mortal, como también el componente creativo de la agresión, necesario para separarse del otro y crear algo nuevo.

Siendo así, diferentes autores de orientación psicoanalítica y psiquiátrica han relacionado los sentimientos de odio y los deseos de muerte de la madre contra sus propios hijos, mediante el concepto *complejo de Medea*, con la antigua tragedia de Eurípides. Inicialmente, Wittels (1944) habló de un complejo de Medea vinculado con el odio y la envidia inconscientes de la madre hacia su hija adolescente, incluso con una rivalidad entre ellas. Poco después, Stern (1948) ya no relaciona el complejo de Medea con los deseos de muerte de la madre contra su hija, sino contra sus hijos, en vista de que, según la mitología, Medea mató a sus hijos varones.

Al igual que en el mito, también en estos estudios entran en juego los deseos de venganza de la mujer contra su marido. Orgel y Shergold (1968) relacionan, ante todo, los regalos mortíferos de la Medea de Eurípides con el papel seductor de los regalos en la relación padres-hijos. Estos autores interpretan la venganza asesina y la seducción en la figura de Medea como consecuencia de la frustración en la satisfacción narcisista de fantasías de omnipotencia y la comparan con algunos casos de mujeres, en los cuales se han analizado fantasías destructivas de fusión narcisista y una dependencia simbiótica en la relación con sus madres.

Friedman (1960) interpreta el caso de una mujer con deseos de muerte, obsesivos, contra su hijo menor, la cual sufre de una profunda minusvaloración de su autoestima, como una protesta extrema contra el rol de la mujer en la sociedad. Greenacre (1950) y Kuiper (1968) se ocupan del complejo de Medea y consideran los deseos extremos de venganza de la mujer contra su marido la consecuencia de una humillación narcisista, que hace referencia a una transformación patológica del complejo de castración y a una intensa envidia del pene.

Por su parte, Rheingold (1964) considera que la fuente principal de la furia materna destructiva consiste en un temor

universal ante la propia feminidad, ante la experiencia misma de ser mujer. Se trata de un miedo ante las *consecuencias de lo femenino*, es decir, de la mutilación genital y la muerte, relacionadas de forma inevitable, según el autor, con la menstruación, el embarazo, el parto y la maternidad.

Babatzanis y Babatzanis (1992) describen dos casos para analizar las consecuencias destructivas del maltrato infantil y el abuso sexual en mujeres. Ellos presentan el resultado de la psicoterapia en una mujer, quien en medio de una depresión psicótica asesinó a su hijo de seis años, así como el resultado de la terapia infantil con su hija de siete años. Los autores hacen referencia al mito de Medea para investigar el vínculo entre las relaciones incestuosas, tanto dentro de la familia como de la relación amorosa, y el potencial de destrucción en la mujer.

Asimismo, Warsitz (1994) presentó el caso de una mujer con depresión psicótica y su respectivo análisis, para el cual recurrió a la interpretación de la Medea de Eurípides. Mediante el estructuralismo psicoanalítico de Anne Juranville, el autor intentó entender la estructura psíquica de la melancolía en la mujer, focalizando la vergüenza, los sentimientos de culpa y la destructividad narcisista como posibles trastornos del estado melancólico.

En la mayoría de estos artículos, sin embargo, no se encuentra ninguna discusión en relación con la desigualdad entre los géneros predominante en la sociedad, la cual se instaura en el mundo interior de la mujer bloqueando el desarrollo creativo de un proyecto de vida propio. Hasta hoy, la pregunta sobre cuáles condiciones psíquicas y sociales estimulan o entorpecen el manejo autónomo de la mujer sobre su agresividad y deseo sexual, no constituye un tema significativo dentro de la recepción psicoanalítica del mito de Medea.

Como una de las pocas excepciones quiero resaltar la sugerente interpretación de Leuzinger-Bohleber (1996 y 1997: 92) sobre el análisis de los determinantes inconscientes de la agresión en *mujeres con esterilidad psicógena* que han estado en tratamiento psicoanalítico. A partir de la interpretación de los conflictos edípicos y pre-genitales femeninos representados en la tragedia de Eurípides, la autora considera que estas mujeres padecen de miedos “arcaicos” frente al siniestro potencial destructivo tanto

de sus propias funciones corporales y deseos sexuales como también de su propia maternidad. Estos temores amenazantes son provocados por una fantasía inconsciente, llamada por la autora la *fantasía de Medea*:

Esta fantasía se centra en la “verdad” inconsciente de que la sexualidad, la pasión y la maternidad están relacionadas con el peligro de verse involucradas en un profundo proceso regresivo, mediante el cual podrían ser liberados impulsos destructivos incontrolables en contra de ellas mismas, el compañero afectivo y, en especial, en contra de los propios hijos. Frigidez psicógena y esterilidad son posibles consecuencias de angustias y conflictos asociados a esta fantasía.

En un estudio interdisciplinario sobre mujeres que mataron a sus propios hijos, Wiese (1993) relacionó nuevos aportes críticos de una investigación sobre la feminidad, orientada psicoanalíticamente, con conocimientos jurídicos y psiquiátricos. El homicidio de un hijo o hija por su propia madre es considerado por la autora como la erupción de una furia narcisista incontrolable y sin rumbo, relacionada con una *imago* materna agresiva y primitiva. De acuerdo con Wiese, la fantasía de una fusión narcisista con el niño parece alcanzable solo a través de la muerte, en la cual este ya no puede ser considerado como un individuo separado e independiente. Según ella, lo anterior representa un aspecto del homicidio contra un hijo. Ella concibe, además, el homicidio del hijo como consecuencia de un trastorno en la identificación femenina, como suicidio, pero también como perturbación en la capacidad de relacionarse y como resistencia femenina. Wiese se refiere al aporte de la interpretación social en el psicoanálisis, referente a las formas de producción social de la subjetividad femenina y la maternidad, en la discusión sobre la relación entre la contradictoria posición social de la mujer y la furia femenina destructiva.

La imagen contradictoria de la Medea de Eurípides en la historia de recepción del drama, especialmente en los estudios de la filología clásica pero también en posteriores versiones literarias sobre el tema, a menudo está caracterizada por una *demonización*

de la *feminidad* o, al contrario, por una idealización de la figura materna en su rol de víctima. Por un lado, se resalta la imagen aterradora de la mujer asesina: la hechicera nefasta, la salvaje proveniente del país de los bárbaros, la mujer obsesionada por una furia incontrolable, comparable con la Medusa o la Escila en los mares de Tirrenia, quien asume el mando de forma triunfante. Por otro, está la mujer víctima del amor y de la dependencia del hombre, objeto pasivo de un destino inevitable, que no tiene voz, ni la posibilidad de ser sujeto de su propia historia, una situación conducente a que el homicidio de sus hijos se silencie, se legitime o se niegue. El homicidio de los propios hijos representa un tema sensible, en el cual la polarización de la figura de Medea entra en juego de forma apasionante.

Para los defensores de la maternidad innata, el homicidio es considerado como un último acto irracional, como algo inconcebible o incluso, como una acción monstruosa, salvaje e inhumana. La imagen de la madre homicida, en la historia de recepción de la tragedia, queda reducida a una figura grotesca y deshumanizada, que amenaza a los otros con su ilimitada fuerza destructiva; aparece como un tipo de fantasma de la *imago materna negativa* en el psicoanálisis. Al mismo tiempo, para los defensores de la venganza femenina, partiendo de la idealización de la mujer en su rol de víctima, el asesinato de un hijo se convierte en una forma de defensa legítima de la mujer abandonada y traicionada por el hombre.

Estas dos formas de interpretación se encuentran, dentro del psicoanálisis, en las imágenes sobre la feminidad de la mujer castigada y devaluada, como antítesis de la mujer fálica o narcisista. Estas imágenes se relacionan bien sea con la *imago* destructiva de la *madre mala* o con la *imago* de una madre *desexualizada*. Una posición intermedia asume Leuzinger-Bohleber (1997: 778) en su interpretación de la novela *Goce*, de Jelinek (1989), cuando considera el homicidio de un hijo como la última y más extrema venganza, como una *reacción psíquica de emergencia* en la mujer ante la profunda humillación narcisista. El homicidio del propio hijo significa, entonces, huir de la dependencia insoportable del compañero y de los hijos y, en última instancia, de la propia feminidad que se encuentra amenazada por la disolución del sí mismo.

Una posición similar asumen Hidalgo y Chacón (1994) en su investigación con mujeres sentenciadas por haber asesinado a un hijo. Mediante el estudio de cinco casos, las autoras analizan la interrelación del maltrato infantil y el abuso sexual –dentro de la familia y en la relación de pareja– con el homicidio contra el hijo. Ellas interpretan el homicidio de la madre contra su propio hijo no solo como destrucción de la propia potencia materna, sino también como una última y desesperada acción contra las insoportables experiencias de impotencia y dependencia, que surgen como consecuencia de una relación de pareja profundamente destructiva.

Entre esta posición intermedia y las imágenes del homicidio contra el hijo presentes en la literatura secundaria, quiero encontrar una posición alternativa de lectura que trascienda tanto la desvalorización como la idealización de la figura de Medea. En este sentido, me interesa interpretar la figura de Medea tomando en cuenta aquellos aspectos múltiples que la representan, como la unificación de los componentes tanto productivos y creativos como destructivos y homicidas de la agresión femenina. El amor apasionado en ella se convierte en una manifestación activa de la agresividad, que no solo se expresa en las acciones asesinas, sino también en la capacidad de separación, actuación autónoma y autodeterminación.

El doble rol social de Medea como maga agresora y salvadora, perteneciente al mundo de lo humano y lo divino, madre y asesina a la vez, y la aspiración a la separación y autodeterminación en relación con su patria, su familia y su esposo, representan el punto de partida que me acercará a las imágenes de la feminidad en la tragedia.

La tensión entre lo *tradicional*, asociado al país de los bárbaros, y lo *moderno*, relacionado estrechamente con el desarrollo de las florecientes ciudades griegas, aparece como un elemento central en la historia de Medea. La elección de su compañero se entreteje con el abandono de su patria y sus viajes por algunas de las más importantes ciudades de Grecia. Estas significan un floreciente espacio cultural, en el cual Medea obtiene prestigio y reconocimiento social, tal y como lo describen Eurípides y Ovidio.

Aun así, es precisamente el amor suscitado en estas circunstancias el que finalmente desencadena la tragedia. El amor apasionado se manifiesta en Medea en la incompatibilidad de sus roles sociales, es decir, en el conflicto entre su capacidad de autodeterminación, su capacidad para ofrecer reparación y protección, y aquellas otras que resultan destructivas y asesinas. La dependencia de la mujer respecto del hombre y la experiencia de la maternidad aparecen íntimamente vinculadas con una pasión intensa, en la cual se disuelve la diferencia entre los géneros y se desencadena una furia destructiva y vengativa que no conoce límites. Medea no personifica una madre *desexualizada* o una mujer sumisa, sino una mujer enamorada y apasionada, que lucha por un camino propio hacia la autonomía y deja, en este proceso, una huella mortal; sin embargo, esta al final no la destruye ni la vence. En ella, no buscamos una heroína que nos represente de forma idealizada, sino una figura femenina trágica que nos ilumine en estas impenetrables contradicciones, que todavía impregnan las relaciones entre lo femenino y la autonomía, en la teoría psicoanalítica.

Una interpretación socio-psicoanalítica de la Medea de Eurípides abarca un espacio interdisciplinario, que desde un análisis socio-cultural de las imágenes sobre la feminidad en la Antigüedad, avanza en una discusión de las complejas relaciones entre mitología y tragedia griega, hasta un debate crítico sobre los aportes contemporáneos de una comprensión teórica de la feminidad en la teoría psicoanalítica.

En el primer capítulo del trabajo me ocupo tanto del contexto etnológico y socio-histórico de las relaciones entre los géneros como de las imágenes míticas sobre la feminidad en la Atenas clásica. Parto de una breve discusión sobre la historia de la mujer en la Antigüedad y el origen del sujeto trágico en el drama griego; investigo luego el proceso de transición desde estructuras sociales matrilineales hacia una sociedad estructurada patrilinealmente, con características patriarcales evidentes, tal y como es el caso de la democracia ateniense. Una comparación entre la posición social de las mujeres en Atenas y en Esparta muestra el campo de tensión entre restricción y libertad de acción, tanto en el espacio público como en la vida cotidiana. En este sentido,

analizo el papel de Medea no solo como asesina, sino también como la representación de un sujeto femenino autónomo dentro del discurso trágico. Posteriormente, con base en algunos mitos griegos y los discursos filosóficos de Platón y Aristóteles, exploro la íntima relación entre naturaleza, muerte y feminidad como personificación de la otredad en la Grecia Antigua.

La comprensión de las complejas y ambiguas relaciones entre la mitología griega y el surgimiento de la tragedia en la Atenas del siglo V. a. C., se encuentran en el centro de las consideraciones del segundo capítulo. Partiendo del análisis de la tensión imperante entre mitología e *ilustración* en la Atenas clásica, abordo tanto el origen del *sujeto burgués*⁹ en el nivel socio-histórico, como el surgimiento del *sujeto trágico* en el nivel literario. Más allá de esto, me ocupo de los conceptos de lo trágico y la *culpa trágica* en la discusión de sus implicaciones para la Grecia clásica, como también de la comprensión psicoanalítica de la autodeterminación, la capacidad para la toma de decisiones y la responsabilidad como experiencias subjetivas. A continuación, analizo las figuras femeninas en la tragedia griega, con especial atención en las imágenes de la feminidad y el surgimiento de un sujeto femenino trágico en Eurípides. Al respecto, comparo la figura de Medea con otras figuras femeninas de Eurípides, con el fin de resaltar su lugar como personificación paradigmática de un sujeto femenino trágico.

En el tercer capítulo analizo los diferentes principios metodológicos y niveles de interpretación de una lectura sociológica y psicoanalítica de textos, necesarios para acercarnos a una nueva comprensión de las imágenes sobre la feminidad en la *Medea* de Eurípides. Mediante un enfoque socio-psicoanalítico de la creación artística y de las representaciones míticas, planteo la forma literaria como un espacio intermedio en la interpretación de textos. Asimismo, analizo la función social del mito como instancia de socialización y creación cultural en relación con la oscilación entre simbolización y desimbolización de conflictos

9 Para una discusión detallada de este concepto, véase el Capítulo II.

inconscientes. La función del análisis de la contratransferencia desempeña un papel muy importante en la interpretación psicoanalítica de textos literarios, en la cual la relación intérprete-texto es considerada como un espacio de contratransferencia. De esta manera, no solo es importante el análisis de la relación interna entre el lector y el texto, con la supervisión de la investigación, sino también la comparación de la propia interpretación con otras interpretaciones en la historia de recepción del texto. Sobre lo anterior, me ocupo tanto de algunos análisis científicos de la filología clásica y del psicoanálisis acerca del drama, como de algunas versiones literarias de *Medea* posteriores a la versión de Eurípides. Abordo el nivel psicoanalítico y el contexto socio-histórico en la interpretación del texto, desde la perspectiva de la hermenéutica profunda. Los puntos de partida fundamentales para la interpretación de la figura de Medea los conforman tanto los aportes recientes sobre una comprensión crítica de las imágenes de la feminidad desde el psicoanálisis, como también una teoría cultural crítica acerca de las relaciones entre los géneros en la Antigüedad y una discusión sobre las relaciones entre mitología y tragedia griega.

La parte principal de la investigación consiste en la interpretación psicoanalítica y socio-histórica de la tragedia de Eurípides, en la cual la figura de Medea es considerada como paradigma de un sujeto femenino trágico. Partiendo de la configuración múltiple de la figura de Medea, concibo el enamoramiento y el proceso de separación en la *adolescencia* como elementos desencadenantes de la tragedia. Mediante la interpretación de los diálogos entre Medea y Jasón, analizo la tensión entre amor y venganza. La relación entre la *agresión femenina* y la imagen de lo heroico forma la base para la comprensión de la ambivalencia en la figura de Medea. Discuto acerca de la tensión entre los componentes de la autoafirmación y los componentes destructivos de la agresión en la figura de Medea con apoyo en el concepto de depresión en Freud. Analizo la subjetividad de las figuras trágicas de Medea y Edipo a partir de las acciones que transgreden el consenso social y las formas específicas de autocastigo, por medio de una comparación de la capacidad de autodeterminación de cada uno.

Con base en la importancia paradójica de *lo extranjero* en la figura de Medea interpreto tanto la dramatización de fantasías masculinas patriarcales como también la personificación de imágenes utópicas sobre la feminidad. Partiendo de la interpretación del primer monólogo en la historia de la tragedia griega, el de la protagonista, analizo la representación de la relación madre-hijo en relación con la ambivalencia en la maternidad. En este sentido, me interesa mostrar cómo se relacionan el miedo a la burla, los sentimientos de vergüenza y la imagen de lo heroico en la figura de Medea con el homicidio de los hijos, en especial, con la tensión irreconciliable entre la imagen de la madre sufriente y la imagen de la heroína femenina. Interpreto la escena mortal del asesinato de Creusa, con base en la relación entre agresión femenina, homicidio y autodestrucción. Finalmente, interpreto la inesperada e incomprensible escena final de la huida de Medea en el carro del Sol, como una fantasía utópica de la potencia femenino-materna, en la cual están a su disposición los poderes divinos originarios de sus antepasados.

En el último capítulo, planteo, resumiendo, la “apropiación” activa de los deseos sexuales y la manifestación consciente de la agresión por parte de Medea, como condiciones fundamentales de su capacidad de autodeterminación y realización propia. Medea es considerada como paradigma de un sujeto femenino trágico, quien, sin embargo, solo puede lograr su autonomía mediante acciones asesinas y autodestructivas.

ACERCA DE LA AUTORA

Roxana Hidalgo Xirinachs es psicóloga-psicoanalista, Ph.D. en Sociología, con énfasis en Psicología social y Socialización, de la Universidad Johann-Wolfgang Goethe en Frankfurt del Meno, y Licenciada en Psicología de la Universidad de Costa Rica.

Actualmente se desempeña como profesora catedrática de la Universidad de Costa Rica en las áreas de docencia e investigación. El campo de su especialidad se centra en la exploración de la relación entre psicoanálisis, género y feminismo, dentro del ámbito de la docencia y la investigación, así como desde su experiencia clínica como psicoanalista.

En particular ha trabajado sobre el imaginario social hegemónico en torno a la relación entre subjetividad, feminidad y otredad como experiencias construidas a partir de las relaciones de poder entre los géneros, que han dominado la cultura occidental desde sus albores. Sus investigaciones abarcan un panorama que va desde algunos estudios de casos hasta interpretaciones literarias en relación con las condiciones que posibilitan o bloquean las oportunidades de que las mujeres se puedan asumir como sujetos de deseo, y de esta forma, superar la condición milenaria a la cual fueron reducidas como objetos de intercambio simbólicos y materiales.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Explorar la sexualidad, pero sobre todo la agresión femenina, implica hasta hoy enfrentarse con la angustia que la relación con lo extranjero, experimentado como un otro irreconocible, provoca en el sí mismo. No solo lo femenino, sino en particular las manifestaciones activas de la agresión y la sexualidad en la mujer han sido tabuizadas a lo largo de la historia occidental mediante múltiples fantasías inconscientes. Lo femenino como continente oscuro, como aquello siniestro que se vuelve inabordable para la conciencia, ha sido un tema de análisis fundamental dentro de la teoría psicoanalítica desde sus orígenes. La autora pretende deconstruir esta imagen mistificada de la feminidad mediante una figura ejemplar de la mitología griega, que no corresponde con esta imagen estereotipada de la mujer. La Medea de Eurípides personifica una figura femenina que trasciende la fantasía masculina de la mujer como encarnación del mal, siendo ella representada también como una mujer autónoma y una madre poderosa.

En Medea nos encontramos con un sujeto trágico en el que no solo está representada la sexualidad femenina, también nos encontramos en ella con las contradicciones internas y la intensa ambivalencia que la manifestación consciente de la agresión en las mujeres provoca hasta hoy. Como paradigma de un sujeto femenino trágico, Medea se puede considerar como personificación de una desmitificación de las imágenes

tabuizadas sobre la feminidad. Y como una figura femenina que actúa de forma independiente, Medea personifica, no solo a una mujer asesina, como se le presenta a menudo en la historia de recepción de la tragedia, sino también una imagen temprana de la mujer moderna.

ISBN 978-9968-46-196-2



9 789968 461962

Instituto de
Investigaciones Sociales

EDITORIAL
UCR

70
UCR
1940-2010